

á la vez, como se suele decir vulgarmente, á San Miguel y al diablo, y por no saber decidirse nunca, se lo llevó, al fin, el diablo.

Galibert y Pelle resumieron, en los siguientes términos, la obra de Hastings en la India:

«A su llegada, Hastings halló el comercio de la Compañía en una desorganización completa; pero, con sus extraordinarios esfuerzos y su actividad incansable logró luego reparar aquel desorden. Los servicios que prestó en aquella ocasión fueron ta-



EL BARÓN DE BRETEUIL

les, que los directores de las Compañía le colocaron en premio á la cabeza del gobierno de Bengala (1772). Aquel encumbramiento, que halagaba la ambición de Warren Hastings, le estimuló para dar á sus jefes nuevas pruebas de su celo. La administración interior de Bengala en aquella época corría

á cargo de un ministro indígena, llamado Mahomed-Reza-Khan, hombre capaz, activo, y cuyos emolumentos anuales ascendían á unas 100.000 libras esterlinas. Mahomed-Reza-Khan representaba la Compañía en sus relaciones de los nabas de la India; como que por sus manos pasaban los fondos que se

les entregaban, y él mismo determinaba el guarismo del abono. Funciones tan bien pagadas debían, naturalmente, provocar la codicia de los ambiciosos. Un braman indo, el maharajah Nuncomar, hombre codicioso y que no cejaba ante ninguna baja, dió á entender á Hastings que había habido malversaciones de cuantía en la administración de Mahomed-Reza-Khan. Y, sin otro motivo que semejante declaración, Hastings mandó la prisión inmediata de este último, condenó enseguida al preso á

una fuerte multa, abolió el cargo de gran ministro, y trasladó al gobierno interior del país á los empleados de la Compañía. Pero nada alcanzó para sí el ambicioso Nuncomar, que se había propuesto derribar la administración musulmana y alzarse sobre sus ruínas.

»La Compañía hacía una pensión anual de 320.000 libras esterlinas al naba de Bengala en virtud de un compromiso formal, Hastings redujo de su pro-



MADAME CAMPAN

pia autoridad la pensión á 160.000 libras esterlinas. El Gran Mogol recibía, como el naba de Bengala, de la Compañía otra pensión de 320.000 libras esterlinas, y Hastings la suprimió enteramente; y, no satisfecho con haber despojado así al Gran Mogol, se apoderó Hastings de los distritos de Corah y de Alahabad, cedidos á aquel príncipe por la Compañía, y los vendió enseguida por 1.000.000 libras esterlinas á Sujá Daulá, príncipe de Oude, y naba visir. Otro despojo más odioso todavía fué el que cometió contra una tribu de los Afganes, llamados los rohillas, raza atrevida que, andando el tiempo, había de vengar tamaños ultrajes. Los rohillas, que en otro tiempo se habían distinguido en los ejércitos mogoles; habían obtenido, en premio de su valor, vastos terrenos en el valle de Rohilcunda, bañado por las aguas fangosas del Ramgunga, que desagua enseguida en el Ganges. Aquel valle había venido á ser, gracias á la actividad de sus nuevos habitantes, uno de los distritos más fértiles y ricos

de la India. Los rohillas eran famosos además en la India por su valor, su industria y su amor á las letras y á la poesía.

»Sus riquezas no tardaron en provocar la codicia de los nabas vecinos, y en especial de Sujá y Daulá, príncipe de Oude, que formó el proyecto de apoderarse de ellas. Como Sujá Daulá era un cobarde, se dirigió á Hastings, y le pidió el concurso de las fuerzas inglesas. Aquella proposición infame fué admitida y ajustada por un trato. Hastings se obligó á facilitar tropas al príncipe de Oude, y, en premio de este servicio, se acordó que el naba entregaría á la Compañía 400.000 libras esterlinas, y que, además, pagaría los gastos de las tropas mientras durase la guerra. Los rohillas pidieron la paz y ofrecieron un fuerte rescate; pero fué en balde. Los hermosos valles y las ciudades florecientes de Rohilcunda fueron saqueados por un enemigo desapiadado. Aseguran que más de cien mil enemigos abandonaron sus hogares y buscaron un asilo en

medio de pantanos pestíferos, anteponiendo el hambre, las calenturas y la vecindad de los animales feroces á la dominación de un tirano codicioso, cobarde y cruel. Pero los cofres de la Compañía se habían llenado con 40 laques de rupias (1); y, además de estas sumas, el naba vencedor había pagado los gastos del ejército, que se estimaron en unas 250.000 libras esterlinas.

»Otros hechos por el mismo estilo habían señalado las administraciones precedentes; y el Parlamento inglés profundamente conmovido por aquellos robos y actos de crueldad, trató de ponerles término. Con este intento (1778) adoptó el *regulating act* ó acta reglamentaria. A tenor de esta ley, el gobernador de Bengala tomaba el título de gobernador general, se establecía un consejo compuesto por cuatro consejeros; todas las medidas del gobierno de la India, en sus relaciones con los indígenas, debían ponerse á deliberación en el consejo, y no podían ejecutarse sino en cuanto fuesen sancionadas por la mayoría de votos. El *regulating act* establecía además un tribunal supremo, independiente del gobernador general y del consejo; y aquel tribunal poseía, así en lo civil como en lo criminal, un poder inmenso y casi limitado.

»Hastings se dió por muy resentido de aquellas restricciones; y como su carácter era muy impetuoso para disimular sus sentimientos, negó á los nuevos miembros del consejo á su llegada á la India, el saludo de costumbre; pues en lugar de veintinueve cañonazos á que tenían derecho no les concedió más que diez y siete. Los acontecimientos de mayor bulto dependen á veces de causas pequeñísimas. Aquellos cuatro cañonazos de menos fueron considerados por los consejeros como un insulto, especialmente por Francis Philipp, el supuesto autor de las cartas de Junius. Desde entonces quedó declarada la guerra entre los consejeros y el gobernador general. Con todo, Hastings logró cohechar á sir Elijah Impey, jefe supremo del nuevo tribunal, el hombre más ruín y malvado que haya vestido la toga magistral, que había sido condiscípulo de Hastings y que fué luégo su compadre.

»No habrá olvidado el lector al denunciador Nuncomar. Este hombre había jurado á Hastings un odio implacable, después del derribo de Mahomed-Reza-Khan. Enterado de la contienda que había sobrenido entre el consejo y el gobernador, y contando con el influjo que le daban sus riquezas para derribar á su enemigo, Nuncomar acusó á Has-

(1) Cada laque de rupias valía un millón de reales.

tings, ante el consejo, de haber vendido empleos y de haberse apropiado ilegalmente crecidas sumas. Hastings habló al principio con menosprecio de Nuncomar y de sus acusaciones; pero á pesar de la desfachatez de sus denegaciones, fué declarado culpable por el consejo, quien le condenó á restituir 30.000 ó 40.000 libras esterlinas. El triunfo de Nuncomar hubiera sido quizás completo con otro hombre, pero con Hastings estaba jugando una apuesta desesperada, por cuanto no era el gobernador hombre que se dejase vencer por un indio sin haber apurado antes todos sus recursos. Así que mandó prender á Nuncomar y le acusó ante el tribunal supremo de falsario, por un hecho cometido dos años antes. Nuncomar compareció ante Elijah Impey. El desdichado estaba sentenciado en el ánimo de sus jueces antes que se abriesen los debates, porque si bien el tribunal supremo era independiente del gobernador y de su consejo, sir Elijah Impey, que era su presidente, se había dado en cuerpo y alma á Hastings. Dióse, pues, contra Nuncomar un veredicto de culpabilidad, y fué condenado á muerte. Pero Nuncomar, á pesar de su inmoralidad bien conocida, era un braman, ó, lo que es lo mismo, un santo, que á los ojos de los indios tenía por su raza el privilegio de cometer impunemente las mayores maldades. Por otro lado la mayoría del consejo acababa de declarar que no se pondría en ejecución la sentencia de muerte; ó que si se verificaba, se consideraría como un cobarde asesinato. Hastings no hizo alto ni en las instancias de unos ni en las amenazas de otros, y dió la orden de ejecución. Dicen que el condenado fué al sitio del suplicio sentado en un rico palanquín, y que después de su muerte, miles de espectadores corrieron á precipitarse en las aguas sagradas del Hugly, como para lavarse de la mancha con que se habían tiznado asistiendo á la ejecución del braman.

»No obstante los actos cometidos por Hastings habían traspuesto los mares de la India y el Atlántico, y habíanse reunido todos los partidos para censurarlos, á excepción de la Compañía de las Indias, que no podía menos de reconocer á Hastings por uno de sus más útiles servidores. Compadecease sobre todo á los desdichados rohilla tan injustamente sacrificados á la odiosa codicia del naba de Oude. El ministerio y el rey estaban airadísimos con la audacia de Warren Hastings; el atribuirse las prerogativas de rey absoluto, el decidir de la paz y de la guerra como lo estaba haciendo Hastings, ofrecía con efecto un espectáculo muy capaz de lastimar la suspicaz susceptibilidad de la corona. En vano trató la

Compañía de defender al gran culpable y de conservar en sus funciones; el ministerio le destituyó y puso en su lugar á un miembro del consejo de la India llamado Clavering.

»Clavering se embarca para tomar posesión de su destino; pero á su llegada, Hastings, que disponía de la mayoría en el consejo, de resultas de la muerte de uno de los miembros que formaban parte de la antigua mayoría, no quiso obedecer las órdenes que se le dirigían. En vano le hizo varias representaciones la minoría del consejo; Warren propuso en contestación someter la materia al tribunal supremo, que le estaba vendido. Aceptóse la propuesta; pero como ya se presumía, el tribunal supremo falló á favor suyo. «Este acontecimiento, escribía Hastings á un amigo suyo en Londres (hablaba de la muerte de uno de los miembros del consejo) ha restablecido la autoridad *constitucional* de mis funciones.» Al mismo tiempo pedía Hastings imperiosamente las llaves del fuerte y del tesoro; y mandaba á los jefes del ejército que no obedeciesen más órdenes que las suyas.

»Esta usurpación del poder, aquel menosprecio fragante de la autoridad, hubieran atraído infaliblemente un castigo ejemplar sobre su autor, á no haberse presentado la ocasión de prestar al país servicios señalados. No cabía negar á Hastings una inteligencia superior y grandes concepciones; y tales prendas, siempre preciosas en un jefe, lo eran aún mucho más en aquel momento en que se proseguía enfurecidamente la guerra entre Inglaterra y las colonias americanas (1777). Los franceses, para establecer sus negocios en la India, no cesaban de enviar agentes á aquellos países con el encargo de fomentar revueltas entre los indígenas. Aunque no estuviese declarada la guerra entre la Francia y la Inglaterra, Hastings comprendió con su ordinaria sagacidad que no tardaría en estallar; y por lo tanto tomó sus disposiciones; en consecuencia, sabedor de que reinaba la discordia entre los jefes maratás en Puna, acordó apoyar á una de las facciones para acabar más fácilmente con la otra. Enviáronse con este objeto de Calcuta á Bombay (1778) sumas considerables y un ejército de 7.000 hombres. Hastings supo en aquel momento por vía del cónsul inglés residente en Alejandría que acababa de declararse la guerra entre la Francia y la Inglaterra. El consejo era de parecer de hacer contramarchar á las tropas que habían salido para que defendieran á Calcuta contra las agresiones presumibles de los franceses, pero Hastings insistió en que el ejército prosiguiese su marcha; y luégo desplegando una

actividad extraordinaria, se apoderó de Chandernagor y de cuantas factorías tenían los franceses en Bengala, levantó fortificaciones para la defensa de Calcuta y envió órdenes á la presidencia de Madrás para ocupar inmediatamente la ciudad de Pondicherry. La expedición de Bombay no fué feliz al principio de resultas de la lentitud con que el general que la mandaba procedió en sus operaciones, pero otro general reparó los yerros de su predecesor.

»Impetuoso y audaz, Hastings, en aquel momento en que la India tenía tan suma necesidad de sus servicios, desafió á uno de los miembros del consejo, á Francis Philipp, que le había irritado profundamente con su oposición constante. Acusóle, Hastings, públicamente de haberle engañado. «No fio, —dijo ante el consejo,—en la palabra de M. Francis, porque me consta que es capaz de quebrantarla. Juzgo su conducta pública por su conducta privada que he hallado sin honor y sin fe.» M. Philipp se resintió de tamaño insulto y desafió al gobernador general, quien lo aceptó en el acto. Habiendo ambos campeones pasado al terreno, Francis fué herido de un balazo que le pasó el cuerpo; con todo, la herida no fué mortal.

»Fuerza es confesar que la muerte de Hastings hubiera sido funesta para la India, porque cada día se iban enmarañando más y más los negocios de aquellas ricas comarcas. Presentábase en aquel vasto teatro, con ánimo decidido de expulsar á los ingleses, un nuevo enemigo: Haïdi-Alí, fundador del reino musulmán de Misore, y uno de los enemigos más temibles con quienes tuvieron que lidiar en la India los conquistadores ingleses. Haïdi-Alí era hombre sin educación, pero estaba dotado de peregrina sagacidad y de prendas brillantes; su valor militar no conocía riesgo alguno. Era apasionado por el oro, y cuentan que para adquirirlo entregaba á los más crueles suplicios á aquellos de quienes sospechaba tener algún tesoro oculto. Alentado por los franceses, con quienes mantenía secreta inteligencia, se había puesto á la cabeza de un ejército de 90.000 hombres, y arrojándose como el rayo, del páramo de Misore penetró hasta las llanuras del Cartanic. Su hueste era mandada por oficiales franceses de experiencia, y contaba, además, con una artillería de más de cien piezas. Los pueblos, aterrorizados, huían de su presencia; cayeron en su poder Porto-Novo, en la costa, y Conjeverana, cerca de Trichimpoly. Los habitantes de Madrás estaban ya viendo de noche, desde la cumbre del monte de Santo Tomás, las llamas incendiarias que iban asolando grandísimo trecho de terreno. Para colmo